

January 2005

Lo que la magia no es

Luis Enrique Quiroga Sichacá

Universidad de La Salle, Bogotá, vacademi@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Quiroga Sichacá, L. E. (2005). Lo que la magia no es. Revista de la Universidad de La Salle, (40), 9-13.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Revista de la Universidad de La Salle by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

LO QUE LA MAGIA NO ES

Luis Enrique Quiroga Sichacá*

"(...) experimento una increíble claridad en los momentos en que la naturaleza es tan hermosa. Pierdo la conciencia de mi mismo y las imágenes vienen en un sueño***".

VINCENT VAN GOGH

RESUMEN

El presente escrito gira en torno al concepto de magia, plantea los dos grandes postulados del pensamiento mágico y la relación de esta con la capacidad imaginativa del ser humano. En un primer momento, se habla de la eficacia de la magia y su capacidad creadora, desde el punto de vista psicológico, y en un segundo momento de la realidad y ficción en el pensamiento mágico, destacando el punto de vista literario. Sin embargo, ante todo lo que se busca es destacar la capacidad creadora, la disposición del ser humano a vivir en múltiples mundos posibles y a darle sentido aun a lo más simple de la vida cotidiana, recreando su existencia.

La palabra magia se usó en un primer momento para denotar las prácticas religiosas de sociedades *salvajes*¹ y actualmente designa, en algunos casos de forma peyorativa, aquello que es ilusorio o manipulador de la realidad. Básicamente, podemos definir la magia como un conjunto de teorías místicas y prácticas rituales que solo adquieren sentido a la luz de una cosmovisión que postula un concepto distinto del mundo y del hombre. La significación usual dada a este termino fue la obra de pensadores europeos que se impusieron la tarea de estudiar 'científicamente' los orígenes de la civilización, desconociendo la naturaleza 'emocional' del hombre, redujeron la experiencia humana entera al intelecto, este pre-

juicio los llevo a comparar las prácticas mágicas del 'hombre primitivo' (salvaje) –suponiendo temerariamente no tener ninguna ellos– con las prácticas del 'hombre civilizado' cuando hace uso de su conocimiento científico para 'dominar' la naturaleza.

La diferencia fundamental consistía para ellos en que el 'hombre de ciencia' poseía realmente el conocimiento y en consecuencia todas sus empresas tenían éxito, mientras que el 'hombre mágico' no poseía ningún conocimiento y por lo tanto sus esfuerzos fracasaban: "(...) la irrigación de los cultivos realmente les hace crecer; pero el salvaje, que no sabe esto, baila, con la falsa creencia de que su ejemplo animará a los cultivos en un espíritu de emulación, y los hará crecer tan alto como sus saltos"(Collingwood, 1978:62). Concluyeron así que la magia es en el fondo simplemente un tipo especial de error y sus practicas son 'seudo-científicas'; sin embargo, estudios posteriores sobre el desarrollo psicológico del ser humano, desde la perspectiva de la psicología genética, da-

¹ COLLINGWOOD, R. G. *Los principios del arte*. Traducción de Horacio Flores Sánchez. México: F.C.E., 1978. p. 62

* Docente en el Área de Formación Lasallista, Universidad de La Salle; docente en el Centro Interdisciplinario de Estudios Humanísticos, Universidad de San Buenaventura; docente en el Departamento de Ciencias Sociales, Universidad Pedagógica Nacional.

** Walther. *Vincent Van Gogh: Visión y Realidad*. Traducción de Aurora de la Valgoma. Alemania: Benedikt Taschen, 1990: 31.

rán un nuevo sentido a este término: “Llamaremos ‘magia’ el uso que el individuo cree poder hacer de las relaciones de participación con propósito de modificar la realidad. Toda magia supone una participación, pero la recíproca no es cierta” (Piaget, 1981: 120).

Ahora bien, entender la magia desde esta nueva perspectiva –distinta en su origen y fundamento de la perspectiva sociológica y antropológica– implica conocer los principales postulados del pensamiento mágico. El primer postulado del pensamiento mágico es que todo fenómeno, físico o psíquico, es forzosamente el efecto de una causa, así como causa generadora de nuevos efectos. Esta es una ley universal, ninguna causa puede ser privada de su efecto, la cual permite comprender buena parte de las prácticas mágicas. «Las formas más primitivas de la causalidad en el niño parecen, en efecto, debidas a una confusión de la realidad y el pensamiento, o más precisamente, a una asimilación constante de los procesos externos a los esquemas proporcionados por la experiencia interna» (Piaget, 1981: 120). Así, por ejemplo, todo fenómeno implica una carga de energía y una liberación de esa carga en el efecto que le es propio. Si se bloquea el cauce normal de la energía que libera el fenómeno, de tal forma que se impide que éste desemboque en su efecto natural, esa energía que no puede suprimirse puede desviarse y generar un efecto distinto. La magia pretende, desde el conocimiento de este tipo de relaciones, alcanzar el control de esta energía y la habilidad de dirigirla, conforme a la voluntad del *magos*² y para satisfacer sus propósitos.

El segundo gran postulado del pensamiento mágico es la denominada ley de las correspondencias, o de las grandes analogías por participación. «Llamaremos ‘participación’ (...) a la relación que el pensamiento primitivo cree percibir entre dos seres o dos fenómenos que considera ya como parcialmente idénticos, ya como influenciados estrechamente, aunque no haya entre ellos ni contacto espacial ni conexión causal inteligible» (Piaget, 1981: 120). Ésta viene a afirmar que todos los elementos de un plano cualquiera de realidad están vinculados también causalmente con sus elementos correspondientes de todos los otros planos que configuran el cosmos creado. No solo todos los niveles están relacionados por este vínculo, sino que cada plano o nivel de realidad tiene, en última instancia, la misma estructura o forma. A la estructura y forma del macrocosmos (gran mundo), corresponde con precisión la estructuración de los elementos que configuran el microcosmos (pequeño mundo).

Ahora bien, si admitimos esta asimilación del mundo al yo y del yo al mundo, la participación y la causalidad mágica llegan a ser inteligibles. De una parte, los movimientos del cuerpo propio deben estar situados, no en un yo, sino en lo absoluto: en un mundo que, desde el punto de vista adulto, diríamos común a todos, pero que, desde el punto

de vista del bebé, es el único mundo posible. De lo que sigue que, cuando el niño manda a su cuerpo, debe creer que manda al mundo. Por esto, al ver a los bebés regocijarse de los movimientos de sus pies, se tiene la impresión de que experimentan la alegría de un dios que dirigiera a distancia el movimiento de los astros. Inversamente, cuando el bebé siente placer en los movimientos situados en el mundo exterior, como el movimiento de las bases de su cuna, debe sentir un enlace inmediato entre estos movimientos y el placer que tiene. En resumen, para un espíritu que no distingue o que distingue mal el yo del mundo exterior, todo participa de todo y todo puede obrar sobre todo (Piaget, 1981: 120).

EFICACIA DE LA MAGIA Y CAPACIDAD CREADORA

La clave de la eficacia hay que buscarla en la psique del *magos*, que incluso puede diseñar sus propios rituales. Pero éstos son medios para facilitar el verdadero trabajo de integración psicológica, de apertura mental, adecuada para plasmar una imagen mental lo más clara y precisa posible (imaginación) y de lanzarla en una determinada dirección después (voluntad), con el objetivo de producir el efecto concreto que el *magos* desea. La clave de la eficacia mágica siempre reside en la imaginación y en la voluntad del *magos*. «Para explicar la creencia en la eficacia, Freud a propuesto la siguiente teoría. La creencia es un producto del deseo. En el fondo de toda magia hay una afectividad especial. La encontramos en los obsesionados: el obsesionado cree que le basta pensar en una cosa para que se produzca o no un acontecimiento determinado» (Piaget, 1981: 136). En último término, la cuestión de si el ser invocado (lo que se desea) existe sólo como realidad subjetiva, o también como ente objetivo, no tiene solución simple desde el punto de vista intelectual, dado que siempre que hablamos de lo que se desea nos referimos a la unión de un objeto y un sujeto en el campo de nuestra conciencia.

Colocando la eficiencia, más allá de los efectos sufridos, en seres cuyos poderes latentes se trata de captar y guiar por medio de ritos vinculados a su imagen, la categoría de lo oculto ha ligado por primera vez la acción a simples representaciones. Al principio, comienza por operar mediante la ayuda de la representación como tal, identificada mágicamente con el ser. Pero poco a poco las fórmulas se despojarán de su similitud con el medio humano para identificarse más con las relaciones observables entre el efecto obtenido y la técnica utilizada. Así el concepto se ajustará gradualmente a la cosa y a su naturaleza (Wallon, 1942: 107).

² Entiéndase aquí por magos cualquier persona, niño o adulto, que cree que lo ocurre a su alrededor, todo tipo de fenómeno físico o psíquico, es producto de su voluntad.

Originariamente, para el pensamiento mágico, la relación o vínculo entre el nombre y la cosa nombrada no tenía nada de convencional, aunque la perversión humana acabó por deteriorar este vínculo causal que asociaba de forma íntima el nombre y la cosa nombrada.

Para nosotros, una idea o una palabra están en el espíritu y la cosa representada está en el universo sensible. Además, las palabras y ciertas ideas están en el espíritu de todos, y otras ideas sólo están en el pensamiento propio. Para el niño, los pensamientos, las imágenes, las palabras, en parte han sido distinguidas de las cosas, pero están situados en ellas (Piaget, 1981: 115).

La palabra original, la que nombra los diferentes elementos del mundo, está cargada de poder atractivo, evocador e invocador de las realidades concretas que designa y que pertenecen a otro plano de realidad que le está subordinado. En la misma línea, la imaginación y la voluntad humana son portadoras de una fuerza tan real y operativa como la corriente eléctrica. La psique humana tiene la capacidad de crear realidad mediante la fuerza del pensamiento, a través de una técnica adecuada que se simboliza en las configuraciones gráficas o fonéticas, a esto llamamos imaginación.

En la vida cotidiana se llama imaginación o fantasía a todo lo que no es real, a lo que no concuerda con la realidad (...) En efecto, la imaginación como fundamento de toda actividad creadora se manifiesta decididamente en todos los aspectos de la vida cultural haciendo posible la creación artística, científica y técnica. En este sentido, absolutamente todo lo que nos rodea ha sido hecho por la mano del hombre, todo el mundo de la cultura a diferencia del mundo de la naturaleza, es producto de la imaginación y la creación humana basada en esa imaginación (Vigotsky, 1987: 6).

Uno de los rasgos principales del pensamiento científico de occidente ha sido atribuir al ser humano una 'naturaleza' diferente a la de los demás seres, no manifiesta la más mínima unión connatural con elementos como el viento, el árbol o el río, a no ser que esté siendo satírico o esté haciendo poesía, detesta parecerseles; en el pensamiento mágico, por el contrario, podemos ver admiración y respeto por la naturaleza, 'la ama', le agrada mucho ser ella, no se considera distinto de la misma; es decir, más que intuir la naturaleza o intuirse en la naturaleza se intuye como naturaleza cayendo en una no diferenciación de la persona y el paisaje. Manifestación de esto es el arte, el cual en principio fue de carácter práctico experimental, evolucionando luego como simbólico medio de comunicación poniendo mayor énfasis en el cuidado de los detalles, en la plasticidad y los diseños de la superficie, dándole más importancia al mensaje que a la forma misma de la figura.

La función simbólica se reduce a este poder de sustitución. No es la simple suma de gestos determinados. Es lo que

establece una ligazón entre un gesto cualquiera, a título de significativo y un objeto, un acto o una situación, a título de significado. No es a la asociación de dos realidades primitivamente desunidas. El error del asociacionismo es querer recomponer la vida psíquica en sus comienzos con elementos que es posible aislar bajo forma individual solamente al término de su evolución y diferenciación. La función simbólica es el poder de hallar a un objeto su representación y a esta representación un signo (Wallon, 1942: 171).

Así pues, mientras que en pensamiento científico opera el análisis, reina el convencimiento de que la marcha del mundo coincide con la del razonamiento, en el pensamiento mágico opera el instinto, la pasión, el capricho y el delirio. Lo mantenemos latente en la actualidad cuando se nos pide ver algo determinado, una cosa, porque la contemplamos considerando al mismo tiempo todo lo que la rodea. Por ejemplo, si queremos conocer el lápiz que está sobre la mesa no fijamos la mirada en el lápiz, sino en el centro de la habitación procurando contemplar, al mismo tiempo, el mayor número posible de objetos: «No examino en el microscopio del laboratorio el árbol del campo porque creo que el viento que sopla entre sus hojas es imprescindible para conocerlo y no se le puede privar de él. Lo mismo ocurre con los pájaros que se posan en sus ramas y con su canto. Mi manera de ver las cosas me lleva a considerar todo lo que rodea al árbol» (Dubuffet, 1992: 53).

REALIDAD Y FICCIÓN EN EL PENSAMIENTO MÁGICO

De todos los tópicos oídos en los últimos años ninguno parece más exitoso por repetido hasta la saciedad que aquel que afirma: 'la realidad supera a la ficción'. En efecto, la realidad supera y siempre superará a la ficción en una cosa: en *realismo*³. Pero muchos de los cuales propagan usualmente tal afirmación lo hacen usándola en otro sentido, acaso como queriendo dar a entender justo lo contrario, que la realidad supera a la ficción en aquello de lo que la ficción es creadora⁴: en fantasía. Tal aseveración es severamente ridícula: la fantasía no tiene límites en cuanto a sus grados de libertad y es

³ El realismo implica, en efecto, un sentimiento de participación entre el mundo y el yo: desde el momento en que el realismo consiste en considerar como perteneciente a las cosas y emanando de ellas lo que procede, de hecho, de la actividad propia, es natural que la actividad propia se conciba, en reciprocidad, sumergiéndose inmediatamente en las cosas y con omnipotencia sobre ellas. (Piaget. *La representación del mundo en el niño*. Traducción de Vicente Valls y Angles. Madrid: Ediciones Morata, 1981: 138).

⁴ Llamamos actividad creadora a cualquier tipo de actividad del hombre que cree algo nuevo, ya sea cualquier cosa del mundo exterior producto de la actividad creadora o cierta organización del pensamiento o de los sentimientos que actué y esté presentes solo en el propio hombre. (Vigotsky. 1987: 5)

ella misma— o la mente que la piensa y construye⁵ —quien elige por capricho y según intención las leyes sobre las que habrá de sujetarse y funcionar, pudiendo, en última instancia, formarse y funcionar en ausencia total de leyes de formación y funcionamiento; la realidad, por el contrario, sí que tiene límites y leyes, y además siempre los mismos: aquellos que la definen y caracterizan como la *realidad*, eso que perciben todas las conciencias con voluntad de sensatez y de visión objetiva.

Si la realidad es superior a la ficción en tanto a su capacidad de producir situaciones increíbles e inverosímiles (fantásticas), sólo puede ser porque la realidad es más fantástica que la ficción, con lo que el imaginario realista estaría defendiendo lo contrario de lo que pretendía porque la existencia de una realidad fantástica serviría para demostrar que la fantasía tiene una existencia real, lo que equivaldría a decir que la fantasía es objetiva. Si esto fuera totalmente cierto resultaría que los defensores del realismo se habrían quedado sin argumentos frente a los que defienden la nobleza y bondad del 'método fantástico de la magia', si no fuera porque los mismos nunca han dicho que la fantasía sea superior a la realidad en cuanto a su realismo; es más, defienden —los moderados— que la fantasía es un modo eficaz de hablar de las realidades (tanto de la realidad conocida como de las desconocidas), o también —los radicales— que la fantasía forma parte de la realidad, pero de una realidad más real que la de los realistas puesto que incluye dentro de sí misma los fenómenos subjetivos a los que considera reales pero sin olvidar su naturaleza subjetiva intra-psíquica. «(...) todo realismo se prolonga en magia. En el adulto queda realismo en la imitación, en el miedo o en el deseo. Ahora bien: este realismo, aun infinitamente menos extendido que el del niño, basta para destacar algunas actitudes limpias de participación y hasta de magia» (Piaget, 1981: 148).

Dicho de otro modo: que la subjetividad es tan cierta o verdadera como la objetividad, solo que sus leyes —y sus funciones— son distintas. En cualquier caso no debemos dejar de recordar que los seres conscientes vivimos más de subjetividad que de objetividades, y sobre todo si tenemos en cuenta que la pretendida objetividad no deja de ser nunca una vivencia subjetiva, pues nada puramente objetivo, sin contagio de sujeto, puede vivir en una conciencia o, dicho de modo contrario complementario, un objeto solo puede,



por definición, serlo en tanto que es percibido por un sujeto. Los objetos no percibidos no son objetos, son, en todo caso, cosas, sobre todo si tenemos en cuenta que la palabra *cosa* puede, en efecto, significar cualquier cosa.

Si afirmamos que la realidad puede producir *engendros* de naturaleza fantástica, por definición, tal cosa no querría sino decir que la realidad es la fuente tanto de lo real como de lo fantástico, y que lo fantástico suele resultar increíble solo por la falta de antecedentes y, al fin y al cabo, por falta de costumbre. «Es fácil comprender la enorme importancia que tiene para toda la vida del hombre la conservación de su experiencia anterior, hasta qué punto facilita su adaptación al mundo circundante creando y formando hábitos y costumbres que se

repite en circunstancias similares» (Vigotsky, 1987: 5). Lo cual desemboca en la paradoja de que lo real es ese conjunto de fantasías a las que estamos acostumbrados —y allí se hace la magia presente—.

La literatura ha expresado esto en un tipo de narrativa, presente ya en la creación infantil (en la edad escolar) que ha recibido el nombre de *realismo mágico*⁶, la cual se puede definir como la preocupación estilística y el interés en mostrar lo común y cotidiano como algo irreal o extraño. El escritor se enfrenta a la realidad y trata de desentrañarla como el *mag*, de descubrir lo que hay de misterioso en las cosas, en la vida, y en las acciones humanas. Un narrador mágico realista, crea la ilusión de «irrealidad», finge escaparse de la naturaleza y nos cuenta una acción que por muy explicable que sea nos perturba como extraña. En las narraciones extrañas el narrador, en vez de presentar como si fuera real, presenta la realidad como si fuera mágica; pero el realismo mágico no es una literatura mágica porque su fin no es suscitar emociones, sino expresarlas. El realismo mágico es, más que nada, una actitud ante la realidad.

⁵ Esta actividad creadora fundamentada en la capacidad combinadora de nuestro cerebro, es llamada por la psicología imaginación o fantasía. (Vigotsky, 1987: 6).

⁶ El término «realismo mágico» apareció en las críticas a las artes plásticas y sólo después se extendió a la literatura. Lo utilizó el crítico alemán Franz Roh en 1925 para caracterizar un grupo de pintores post-expresionistas, y luego fue reemplazado por el término «nueva objetividad». A pesar de este cambio, el realismo mágico sirvió para definir una tendencia en la narrativa hispanoamericana entre 1950 a 1970.

La estrategia del escritor consiste en sugerir un clima sobrenatural sin apartarse de la naturaleza y su táctica es deformar la realidad: personajes, cosas, acontecimientos son reconocibles y razonables, pero como el narrador se propone provocar sentimientos de extrañeza desconoce lo que ve y se abstiene de aclaraciones lógicas. No hay tampoco ambigüedad ni análisis psicológico de los personajes, sino oposiciones bien definidas, y éstos no se desconciertan jamás delante de lo sobrenatural. 'Lo maravilloso no es maravilloso, sino natural'. El realismo surge como un milagro o como una alteración privilegiada de la *realidad*, también evita cualquier efecto emotivo de escalofrío, miedo o terror, provocado por un acontecimiento insólito, lo insólito deja de ser el 'otro lado', lo desconocido, para incorporarse a lo real: la maravilla es la realidad.

Desde el día en que la actividad del hombre ha sido guiada por algo diferente de sus automatismos al servicio de sus necesidades, en que no estuvo limitada a las constelaciones más extensas y complejas, que las estructuras más ricas de su sistema nervioso le permitían realizar de inmediato entre todos los datos útiles de una situación actual; desde el día en que se ha sometido a ritos distintos de la cosa misma, en que ha querido realizar imágenes, expresar conceptos que superaban sus apariencias sensibles, desde entonces, ha comenzado el gran ensayo especulativo que debía determinar que nuestra especie adquiriera conciencia del universo, y, al mismo tiempo, que enriqueciera indefinidamente su propia conciencia, arrancándola a las simples alternancias depresivas o tónicas de los apetitos y su saciedad, de los sufrimientos nacidos de la necesidad, de los impulsos nacidos del deseo y de la apatía sin la iniciativa ni espontaneidad que les sigue (Wallon, 1942: 171).

Por lo tanto, la realidad se tiene que medir con nuestros propios esquemas, ya que es la única manera de conocer a nosotros mismos, si está es medida con esquemas ajenos es menos libre y desconocida. La *realidad mágica* no es tan maravillosa como parece, sino real solo si es realmente auténtica. La realidad siempre nos sorprenderá por su variedad –en la cual consiste el gusto– porque de la realidad de la naturaleza y sus leyes procede uno de los rasgos que la caracterizan y definen: su creatividad. «Mientras más rica sea la experiencia del hombre, mayor será el material con que contará su imaginación; he aquí, por lo que el niño tiene una imaginación más pobre que el adulto debido al menor grado de experiencia que posee» (Vigotsky, 1987: 12). La realidad es, en efecto, creativa, lo mismo que la imaginación. Y eso es lo que hace de la segunda, su hermana gemela y paralela, el método más apropiado para aprehender a la primera. Otra cosa será que haya quien quiera seleccionar de esa *realidad* rica, *creativa e imaginativa* los fragmentos que pretenda más normales, más relativos a la norma, más contenidos estadísticamente entre los límites de la experiencia a la que estamos acostumbrados, pero no debemos olvidar jamás que dicha realidad es plural y diversa y llena de singularidades y de as-

pectos aún inexplorados que están llamando a todos los espíritus aventureros que no se conforman con el fragmento de realidad que la norma de la costumbre dicta como único.

La primera forma de relación de la imaginación con la realidad consiste en que toda creación de la imaginación siempre se estructura con elementos tomados de la realidad y que se conservan de la experiencia anterior del hombre. Sería una maravilla que la imaginación pudiese crear de la nada o que tuviese otras fuentes para sus creaciones además de la experiencia anterior (Vigotsky, 1987: 10).

Finalmente, podemos describir la experiencia cotidiana de uno como 'persona normal', sin magia, pero hay muchas 'personas no normales' cuya experiencia puede ser muy diferente –con magia–: viajeros impenitentes que nos hablen de la vida cotidiana al sur de la India, visionarios que nos relaten sus experiencias con alucinógenos, ascetas lamaístas que nos cuenten de su experiencia mística del vacío, y tantos otros experimentadores de los más insólitos. Todas ellas son experiencias humanas y por ello forman con todo derecho parte de esta creativa, caprichosa e *imaginativa* realidad de la cual intentamos apropiarnos desde niños para convertirnos en 'adultos'.

En este sentido, la imaginación adquiere una función muy importante en la conducta y en el desarrollo del hombre, se hace medio de ampliación de su experiencia, porque le permite imaginarse aquello que no ha visto y representarse-lo mediante el relato de otra persona y la descripción de lo que en su experiencia personal directa no ha tenido lugar. El hombre no está limitado por un pequeño círculo, ni por los estrechos límites de la experiencia personal y puede hallar más allá de estos límites, mediante la imaginación, una experiencia histórica o social ajena (Vigotsky, 1987: 14).

A aquellos que aún creen en la magia de lo cotidiano.

BIBLIOGRAFÍA

- Collingwood, R. G. *Los principios del arte*. Traducción de Horacio Flores Sánchez. México: Fondo Cultura Económica, 1978.
- Dubuffet, J. *El hombre de la calle ante la obra de arte*. Traducción de Cari Baena. Madrid: Debate, 1992.
- Piaget, J. *La representación del mundo en el niño*. Traducción de Vicente Valls y Angles. Madrid: Ediciones Morata, 1981.
- Vigotsky, L. S. *Imaginación y creación en la edad infantil*. Traducción de Francisco Martínez. La Habana: Editorial Pueblo y Educación, 1987.
- Wallon, H. *Del acto al pensamiento*. Buenos Aires: Ediciones Lautaro, 1942.
- Walther, I. *Vincent Van Gogh: Visión y Realidad*. Traducción de Aurora de la Valgoma. Alemania: Benedikt Taschen, 1990.